

Donde vaya la vaca blanca

Ricardo Pérez García

letra **r**editorial

Primera edición: Marzo 2024

Depósito legal: AS 00409-2024

ISBN: 978-84-127812-2-9

© Ricardo Pérez García

© Maquetación y diseño: Editorial Letra r

© Imagen y diseño de cubierta: Patricia Malabrigo

Editorial Letra r

www.letraeditorial.es

info@letraeditorial.es

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Letra r apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Editorial Letra r no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

A la memoria de Loli
(Leiriella, 1958 – La Collada, 2021)

Nota del autor

Todos los nombres de personas, brañas y aldeas que aparecen a continuación son ficticios. Con ello pretendo respetar el anonimato de todos aquellos vaqueiros que me han aportado, a través de sus recuerdos, información directa de sus costumbres. Alabaré siempre su predisposición.

Durante los primeros párrafos se han recogido en asturiano occidental las conversaciones directas de los vaqueiros; cuando el oído del narrador se habitúa a la variante, aparecen traducidas al castellano para que, a costa de restar credibilidad, ganen en comprensión.

PRIMERA PARTE:
VERANO

La braña a la que llamaré Vosandre está situada a tal altura que incluso aquellos que rezan dirigiéndose al cielo deben mirar hacia abajo. A lo largo del día la poblará un puñado de vaqueiros que se quedará allí hasta el san Miguel siguiente. Y lo harán, tal y como me propongo a contarles, siendo fieles a sí mismos.

Llegan en procesión, con las vacas dirigiendo el ascenso. Aparecen primero las mujeres, como la locomotora de uno de esos trenes a vapor; a continuación, los carros con los niños, las mujeres sin edad de casar y otros débiles; algunas cabezas unidas soportando todo tipo de enseres; el ganado los acompaña también entre medias con alguna pieza desperdigada pretendiendo ir a otro paso; finalmente los hombres cierran la comitiva, asegurándose de que ninguno de ellos se pierde de regreso a casa. Porque vuelven a su casa y, sin embargo, se han ido de ella hace unos días, de la otra, de aquella en la que han pasado el invierno.

—¿Aù ta la nena? —preguntó el padre.

—Quedóu p'atrás —respondió el hermano mayor—. Tará buscando'l marinueto.

El padre dedicó a su alrededor una mirada entrecerrada que tenía tanto de odio como de búsqueda. Mascaba la colilla apa-

gada. La intercambiaba continuamente de un lado a otro de la boca con una pericia que admiraba a los más pequeños. Había algo de fiesta en aquel alrededor: las mujeres se ocupaban de descargarlo todo, los niños —ya bajados de los carros y de alguna parihuela— correteaban en busca de algo con lo que jugar a ver si se libraban del trabajo y los jóvenes de edad indefinida se desperezaban tras el largo viaje sin quitar el ojo a las vacas.

—¿Viste a Blanca? —repitió el padre. En aquella ocasión preguntó a su mujer.

La esposa se alzó de hombros. Con un ligero giro miró a su marido. Afanada en descargar los sacos de patatas de uno de los carros con ayuda de uno de sus hijos, apenas le prestó atención.

—Tará aidando a dalgún los hermanos.

La mujer continuó descargando. El padre los miraba, inmóvil, como si supervisara la maniobra: valoraba la posibilidad de buscar a su hija o de ayudar en la preparación de la casa. Pragmático, subió al carro y comenzó a descargar.

Mientras bajaba los sacos miraba en derredor y veía el hormiguero en el que se había convertido aquel lugar. El sol caía en picado sobre ellos, con una ligera brisa que apenas se notaba en sus frentes despejadas, pero todos correteaban hacia los lugares en los que dejar los enseres, el alimento, la esperanza con la que convivirían durante los próximos seis meses.

El alto lo conforman diez casas agrupadas, paradójicamente aisladas unas de otras por unos metros de hierba y nada, como

si quisiesen tener cierta intimidad. Gruesas paredes de piedra definen los límites de cada una de ellas, coronadas con el color gredoso de los tejados de escoba solamente roto en algunas con chimeneas ahora apagadas. Y alrededor, el verde, todo el verde del mundo en los otros que se pierden más allá de donde alcanza la vista. En otros puntos, sobre esos tejados, se distinguen las coronas de paja y rama seca de varios nidos abandonados, ofreciendo un tono áspero que destaca entre el claroscuro de la casa. De valle en valle se repite el eco de los mugidos, de la alegría de la llegada —alguna risotada aislada, la voz alzada de quien se entusiasma ante el día siguiente— y ese murmullo de la montaña que solo escucha quien está habituado a pasar largas horas en su espera.

Los tabucos, desperdigados aquí y allá, todavía están vacíos por humildes que no envidian otra forma de vida. No lo supe hasta mucho tiempo después, cuando fui aceptado por aquel grupo que huía de toda relación social más allá de las marcadas por sus tradiciones, sus creencias y el respeto. En breve los ganaderos irán asentando sus perfiles en todos y cada uno de los huecos: sencillos y, quizás por esa misma razón, ofrecen esa aura acogedora de una madre abriendo sus brazos.

Quien conoce por vez primera a un vaqueiro lo hace con tanta curiosidad como cuidado: los persiguen multitud de mitos que no hacen justicia a su carácter real. Es su necesidad de continuar aislados, apartados, en cierto modo, de lo que el resto del

mundo se atreve a llamar *mundo real*, la que realmente los precede y los define. El orgullo de ser ellos mismos se confunde con un carácter tosco, impenetrable, y, sin embargo, se acerca más a la modestia que a la altivez. Confieso que yo mismo los juzgué como tales antes siquiera de hablar con ellos. Es habitual dejar que piensen por nosotros mitos, leyendas y supersticiones. Ahora que los conozco y me siento, de alguna manera, parte de su pueblo, sonrío al recordar la reticencia con la que los vi acercarse por vez primera, cuando, hace ya tiempo, pasaron a mi vera en la misma fila que acabo de redactarles.

Si se habla de ellos debe hablarse del paisaje. Ya se ha dicho en varias ocasiones que el paisanaje sin paisaje no se entiende, pero aquella fue la vez primera que lo confirmé: porque son paisanaje, pero también paisaje. Necesario y permanente y en continuo movimiento. Ya he dicho que los rodea el verde. El verde de este sur tan occidente como cualquier otro. Son una parte necesaria como el árbol, la piedra o cualquier animal. Ligados a las vacas desde que el ser humano todavía no tenía nombre, es inimaginable pensarlos fuera de esa estructura: montañas eternas, pulidas a base de fríos y calores extremos, salpicadas de realidad y, sin embargo, tan alejadas de todo que se debe recurrir a las supercherías para explicarlas. La vida real frente a la vida real juzgada por paisanos que saben más de todo que de nada.

Si alguien hubiese llegado en aquel instante a la braña, podría asegurar que celebraban algún festejo. No había bailes ni cánticos, pero sí cierta sincronía en los movimientos que recordaba a los pasos de alguna danza tradicional y ese murmullo de la montaña mencionado anteriormente bien podría confundirse con la solemne cadencia de un motete.

Es cierto que llegaban animados del viaje. Durante los dos días que les llevó llegar allí, tuvieron que hacer paradas escalonadas para que tanto ellos como las vacas pudiesen tomar aire y adaptarse a la altitud, si bien aprovechaban los descansos para beber vino y liarse algún cigarro, hecho ya sin la prisa del camino.

—Cuez patacas —ordenó el padre, una vez apilados los sacos—. Güei quiérolas con chorizu.

Parece ser que, tras descargar la montonera se le apeticieron para cenar. La madre lo miró y asintió sin hacer gesto alguno. Se pasaron el pellejo del vino y bebieron con sed. El padre miró el tabuco por vez primera: vio un hueco oscuro y frío tras el invierno, pero acogedor, a su manera, con el techo cubierto de una mínima humedad que continuaba evaporándose al contacto con el sol. Al lado la cuadra. Recordó cuando niño la establa se situaba bajo el hueco de dormir. Todo había cambiado excepto las vacas. Las vacas que lo envolvían todo. Buscó a la ternera coja para comprobar su cadencia al andar. No le gustó. Frunció el ceño y, con un rápido movimiento de lengua, volvió

a cambiar el cigarro de lado. Examinó su alrededor para ver dónde estaba la madre.

—Mañana pola mañana facéis lo del pantalón —ordenó—. Hai que curala.

Todos continuaron con los quehaceres hasta que anocheció. Cenaron y se resguardaron en las casas, más con el pretexto de poblarlas para que calentase el ambiente que con la intención de descansar. El olor a humedad había disminuido ligeramente tras abrir puertas y ventanas, pero la oscuridad permanecía en el interior aun siendo iluminado por distintas velas que poblaban la estancia con un extraño baile de sombras.

El día siguiente amaneció tardo, de esos en los que uno se despereza sin caer en la cuenta. La luz se coló por los huecos antes incluso de que ninguno de ellos despertase. Acusaban el cansancio de los dos días anteriores, en los que durmieron en las tiendas y en los carros sin reposar verdaderamente la galbana. Se desperezaron sin prisa, escuchando a las vacas mugir solicitando su presencia. Era el único día del año en el que los animales esperaban mínimamente a que diesen buena cuenta del desayuno y se lavasen la cara con el agua del aljibe: el resto del año no había vaca que despertase antes que alguno de ellos.

—¿Aù tuviste ayeri? —preguntó el padre a Blanca mientras masticaba un poco de pan con tocino.

La niña lo miró. Sostuvo su mirada el instante que dictaba la prudencia.

—Retraséme na xubida. Entretúveme. Entretúveme de la que paré a comer.

El padre la observó de lado. Sabía que no decía la verdad, pero no tenía modo de justificar su sospecha.

—Que se te ocurra —amenazó.

La niña agachó la cabeza y calentó las manos con la taza humeante. Desearía haberse sentado más lejos de su padre para no tener la visión directa de su presencia. Objetivamente imponía, y eso que era un hombre más bien pequeño, trabado y cejijunto con la boina como el elemento más representativo de su persona. Pero su sola pinta intimidaba. Rara vez se reía y cuando lo hacía era para mostrar sus dientes alternos. El vozarrón le salía a chorros, como si escupiese las palabras lo más lejos posible: hacía que agachasen las orejas como las vacas cuando les enseñas la vara. Era la misma sensación que ofrece un padre cuando descubre la travesura de uno de sus hijos.

—Hai que facer lo del pantalón —ordenó de nuevo el padre—. L.lama a Aurora.

Aurora era una de las hijas pequeñas.

—Aurora —ordenó la madre—, trae a la coxa ya l.lévala p'atrás. —Indicó la parte trasera de la casa, donde un pequeño tendejón ofrecía la calidez que necesitaba el procedimiento—. Vamos l.lavala con fumú.

La hija se santiguó. Era tan supersticiosa que la simple mención de alguno de aquellos rituales hacía que se intranquilizase. Con el pelo blanco desde los veinte, quizás era la más pausada de toda la familia, como si aquel color le hubiera dotado de la tranquilidad que provocan los años. Buscó a la ternera, la llamó y, como si fuese uno de esos perros amaestrados de las ferias ambulantes, fue tras la mujer hasta donde le habían ordenado. La amarró a un poste que sobresalía ligeramente de la estructura del cobertizo y esperó a que llegase la madre. Mientras tanto, hizo una hoguera con ramitas de laurel con las que ahumar el pantalón viejo de uno de los hermanos. El olor dulzón enseguida lo pobló todo. Muchos la miraron pensando el motivo de aquella humareda, pero cuando vieron a la ternera coja atada cerca, dieron por conclusas sus cuitas.

La madre, a la que a partir de ahora llamaré Rogelia, llegó con la vista puesta en el animal. Obvió a la hija y asió el pantalón, que humeaba una niebla negra y espesa. De él se desprendieron un par de hojas retorcidas y una nubecita de ceniza. Se arrimó a la ternera y le hizo tres cruces con el pantalón, como si estuviera limpiándola; una en la nuca, otra en el lomo y otra en la rabadilla. La vaca cabeceó ligeramente, molesta por los cuidados que le brindaban. Algunos de los hermanos atendían al ritual a la vez que no descuidaban sus quehaceres. Tras indicar a Aurora que sujetase la vaca, comenzó la plegaria: «Dios te crio ya Dios te guardó, salte-y los güeyos a quien

t'agüeyó. Nel nome de Dios ya de Nuesa Señora, dos t'agüeyaron, ya un corazón malo. El señor san Pedro, san Pablo y san Andrés, hermanos son tolos tres. Xesucristo los crio y a ti te desagüeyó». Así lo hizo nueve veces y cada vez que comenzaba de nuevo, las tres cruces sobre el animal. Veintisiete cruces que aseguraban curarían la cojera. Aurora la sujetaba moviendo los labios al unísono, repitiendo la jaculatoria, como si fuese una niña en el colegio o en la iglesia que quisiera ofrecer una buena imagen. Yo atendía a la cadencia de aquella letanía como si fuese un remedio para curar cualquier mal.

Mientras repetía el rezo, Rogelia no podía sino recordar la primera vez que se lo vio a hacer a su abuela en una aldea que estaba cerca, pero que distaba más de sesenta años. Desde niña pensaba la distancia en tiempo y no en kilómetros. Poco a poco los lugares que iría conociendo a lo largo de su vida al igual que su aldea natal le parecerían tan alejados que siempre los pensaba separados en el tiempo y no en el espacio, sobre todo aquellos que distaban una distancia prudente: la aldea estaba separada de ellas cuarenta años y no apenas unos kilómetros, al igual que la braña de invierno estaría separada unos seis meses cuando regresasen a ella. En aquella aldea, repetida a esta en la que vivo, primero su abuela y luego su madre oraron con solemnidad los rezos que ella misma se ocupaba de repetir con la misma ceremonia, sin prisa, pero sin dejar lugar al titubeo. Las ocasiones en las que se hacía necesario el rito, solía soltar una

lágrima recordando a sus predecesoras, lágrima que quien la acompañaba achacaba al humo picante que la envolvía.

Tenía la presencia de esas mujeres de las que dudas si alguna vez tuvieron niñez, o adolescencia, de esas que cuesta imaginar cuando tuvieron ocho, diez o doce años. Crees imposible que aquella persona de edad indefinida y con la energía propia y rotunda de quien trabaja habitualmente en el campo, pudo haber sido alguna vez niña. Mientras yo tenía aquella idea absurda, ella recordaba las veces en que su futuro marido y ella jugaron de niños durante las fiestas en las que se reunían las familias, o en las bodas, o en los entierros. A fin de cuentas, los asistentes suelen ser los mismos: parece que la felicidad y la desgracia deben apoyarse en los mismos bastones para continuar adelante. Aquel recuerdo saltaba indefectiblemente al del comienzo del cortejo: cuando ambos llegaron a edad de casar a las dos familias les pareció bien el intercambio. Ella siempre lo entendió así, como un intercambio: una dote pequeña pero digna a cambio de una vida por descubrir. Siempre recordaría las palabras con las que le sugirió a su madre que aquello no era más que un trueque y la reacción de su genitora al alzarse de hombros y seguir ciñéndole la pañoleta nueva con la que llegaría a la iglesia. Una vez casados, la vida seguía pareciéndole igual que antes a excepción de que ahora convivía con aquel con el que, no hacía tanto tiempo, había compartido juegos y fechorías. Recordó, por una de esas razones que resultan ab-

surdas —en este caso, al perder la mirada en una de las hebillas sucias del pantalón utilizado—, cuando iba al colegio y le decían que tenía la sangre de otro color, más oscura, más densa, sangre de vaqueira. *No te acerques, que tienes la sangre negra.* En ocasiones, era negra y otras se quedaba en oscura, en función del motivo que había llevado al resto de los niños a insultarla de aquella manera.

—Dicen que tengo la sangre prieta —contaba a su madre cuando regresaba del colegio.

—¿Quies que te pinche, pa que la veamos? —sugería la madre. Indicaba el cuchillo sobre la tabla de cortar, o la horca apoyada en el poyo de la cuadra.

La miraba confusa, como si fuese capaz de hacerlo. Fruncía el ceño y negaba rotundamente con la cabeza.

—Nun-yos faigas casu —continuaba la madre—. Tú sabes que ye tan colorada como la d'el.los, ¿non?

La niña Rogelia asentía, agradada por la comprensión materna.

—¿Ya por que dicen eso?

La madre, habitualmente, se encogía de hombros y no contestaba; aquellas ocasiones en las que tenía más tiempo o disposición para consolar a la hija, finalizaba la conversación en un tono más bajo del habitual:

—Porque yes vaqueira. Y ties de mostràte orgullosa. Anque en verdá tuvieres otru color de sangre, tú ties que dexàte ver

contenta de qu'asína fuere. Nun somos menos que naide. Imaxína que la tuiéremos azul. Ou verde.

Siempre ofrecía esas posibilidades con la intención de arrancarle una sonrisa.

—El mayestru sigue ensin dicir nada, ¿non? —continuaba la madre—. Limítase a encoyer los hombros.

La niña asentía. También se encogía de hombros.

—Malditu catapote. Si lu garro nel camín, yo -y lo esplico. Pena que nun se digne venir a xantar equí. Cabrón muertu fame.

Embebida en aquellas cavilaciones, no muy lejos de allí, escuchó la voz rasgada de su marido.

Blanca, cargada con una carretilla repleta de cucho, se había parado a escasos metros del espectáculo ritual y las contemplaba con una mezcla de esperanza y comicidad. Si bien creía en aquellos conjuros, en ocasiones, su adolescencia la llevaba a cuestionarlos y a juzgar con reticencia las oraciones.

—¡Blanca! —exclamó su padre—. ¡Trae'l cucho d'una vez!

La miraba desde lo lejos, valorando el porqué de aquella parada. Necesitaba el estiércol para trabajar la tierra que habían arado anteriormente.

Blanca se dirigió hacia el lugar en el que se encontraba su padre, al que llamaré Luciano a partir de ahora. Luciano mantenía fija la mirada en su hija, intentando apartar la imagen que tenía del *marinuetto* y que, inevitablemente, imaginaba junto a ella cada vez que la miraba. Jamás consentiría aquel acerca-

miento; pensar por un momento que alguien que olía a pescado pudiese ocupar la misma mesa que él lo enervaba y hacía que la vena le latiese en el cuello con una cadencia que lo volvía aún más nervioso.

La casa que me ofrecieron era más un tendejón que un hogar. No sé cuánto pudo haberles pagado la revista para que me brindasen aquella oportunidad, pero agradecía el hecho de, al menos, dormir solo. Si, como pueden suponer, desde un principio debía interferir lo mínimo en sus quehaceres, el hecho de tenerme apartado mientras dormían lo consideraba imprescindible para ello. Era un hueco cuadrado con un colchón de paja apretada, una mesa con varias velas y una mínima ventana por la que se colaba el sol durante casi toda la tarde. Como todas las que me rodeaban era de piedra coronada por un armazón de madera a su vez cubierto de paja seca. La sensación inicial de ahogo que me asoló cuando me vi por vez primera rodeado de aquella cantidad de piedras fue sustituida por una acogedora impresión al verme tumbado en la cama para valorar su comodidad. Cuando pregunté por el baño, me señalaron la pala y el prado abierto frente a mí. Reconozco que, aun estando habituado a las comodidades de Madrid, no me importó. Decididamente somos capaces de habituarnos si la situación lo requiere. Cuando les pregunté por el agua, me contestaron que la tenían los martes, jueves y sábados:

—Tenemos escriturasos esos días no regueiru d'al.lá.
—Luciano señaló un mínimo riachuelo que transcurría entre dos otros cercanos. Significaba que podían utilizarla tan solo en esos días, ya que debían repartirla con el resto de vaqueiros de brañas cercanas. Me pareció una manera muy inteligente de utilizar ese regato que, sin duda, en los meses de verano, debía ofrecer una mínima cantidad de agua.

Durante el primer y segundo día, tras los saludos que marca la buena educación y que obvio por no aportar nada a este relato, no me atreví más que a observarlos desde cierta distancia. Dada mi timidez no me arriesgaba a inmiscuirme en sus vidas más que lo dictado por la prudencia. Temía que, si me acercaba demasiado aprisa, ellos se cerrasen en sí mismos y no pudiese conocer realmente su personalidad. Fue Luciano, a quien juzgué huraño nada más verlo, quien se atrevió a acercarse en primer lugar. Lo hizo con menos cautela de la que hubiera esperado en un principio.

—¿Enxamás nun va xantar con nos? ¿Pretende pasase equí estos seis meses? Nun-y lo recomiendo. Si nun se trabaya de verdà, equí'l tiempu pasa mui despacín. Venga.

Así fue cómo conseguí superar mi timidez hacia ellos. Me sentí avergonzado, como un niño al que cogen de la mano para integrarlo en un nuevo grupo de amigos.

—Pue pasiar per equí. —Luciano señaló la extensión de casas que se abrían frente a él—. Nun tien por qué quedáse úni-

camente na súa. Asina poco va deprender. Pregunte lo que quiera.

Tal y como le había visto hacer cuando me vio por vez primera, asentí con la cabeza y sonreí ligeramente en lo que pretendía ser un gesto de agradecimiento y respeto hacia su consideración.

—No se preocupe. Lo haré. Si me mantenía a cierta distancia era porque quería tener una visión global de su pueblo para luego acercarme poco a poco.

—Hai que jodese.

Me miró a su vez asintiendo repetidas veces con la cabeza. Se alzó de hombros. En su forma de mirarme era fácil advertir que se estaba preguntando el motivo de mi actitud.

Marina, la nuera embarazada, esposa del tercer hijo que, curiosamente, se llamaba Marino, soltó la azada y se apoyó en la chueca de madera que hace tiempo había sido un carbayo sano. El futuro niño le provocó tal retorcijón que obligó a la madre a sentarse en el tocón reseco situado en la parte media de aquella parcela.

—¿Una patada? —preguntó el marido.

La mujer no respondió. Sin respiración lo miró con una mano en las lumbares y la otra dirigiéndose a él, como si pidiese limosna. Tuvieron que pasar unos instantes antes de que pudiese responder:

—Su puta madre.

Marino la miró con condescendencia. Quería ayudarla, pero sabía que en aquellos momentos era preferible dejarla respirar y que se recompusiese sola.

—Respira fondo, como te dixo'l médicu.

—Creo que ta cerca. El cabritu quier dir saliendo.

Se incorporó poco a poco y asió la azada que le tendió su marido. Continuó con el trabajo.

Blanca los miraba, divertida. Regresaba con la carretilla vacía en busca de más cucho a la parcela trasera donde varias terneras pastaban distraídas.

—¿Ya me vais facer tía? —bromeó.

El hermano la miró entrecerrando los ojos; la cuñada lo hizo con la suspicacia de quien cree le están tomando el pelo.

—L.legará enantes de lo que crees —respondió la mujer.

—Va ser una nena. —Aurora, mientras recogía y sacudía los pantalones ahumados del hermano mayor para hacer de nuevo el conjuro al día siguiente, se sumó a la conversación—. Esa forma la barriga ye de nena —aseguró.

—Ya tú, ¿qué sabrás? —rió Blanca—. ¿Díxotelo má?

—Nun fae falta, carapija. Basta con vela. Mira la punta.
—Señaló el ombligo.

Blanca hizo un gesto equívoco con los hombros, que tanto podía significar indiferencia como entendimiento. Continuó su camino con la carretilla.

Marina siguió haciendo los hoyos para la verdura. Plantaban lo que sabían podía nacer en aquel terruño agradecido; lechuga, calabacín, puerro y aquellas otras semillas que no sabría distinguir en el zurrón. Las trataban con mimo, casi tanto como al ganado, sabedores de que formaban parte de un todo que resultaba indivisible: los unos sin los otros se quedaban en nada, como uno de esos semilleros a los que les entra el bicho.

Era zona de pasto: no era una buena tierra para plantar, pero convenientemente tratada podía salir algo. Marino con la azada soltando la tierra, Marina detrás haciendo los buracos, otro de los hermanos sembrando las plántulas o directamente las semillas de las que hablé anteriormente. Y luego regando, pausadamente, con el cazo de otro aljibe que tanto servía para beber el ganado como para refrescar la cabeza cuando el sol se alzaba. Solía regar Blanca, como si esa faena estuviese destinada a la más joven de las hermanas. Se quedaba mirando cómo el terreno absorbía el agua recién ofrecida con la intención única de eliminar las burbujas de la tierra, ya que aún mantenía el remojo de hacía unas semanas, cuando las nubes bajas del invierno humedecieron aquella zona cubriéndola con un manto